THE SOUNDINGS

N.º 1 · Otoño de 2026

A menos que te lave

Escucha la invitación más profunda que se esconde tras el Gran Giro
Interpretando los signos de julio a septiembre de 2026



Ted Dunn, Ph.D.
Graced Crossroads

«Sabéis interpretar el aspecto del cielo, pero no sabéis interpretar las señales de los tiempos».

Mateo 16:3, traducción de la NIV inglesa

PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

Lanzando el sedal

Por qué escribo *The Soundings*

En el exterior reina el caos.
Por dentro, un nuevo mundo está despertando.
Escucha el latido de lo nuevo.

No sé vosotros, pero cuando escucho las noticias me siento fácilmente abrumado. El torrente de muerte, destrucción y caos no cesa. Parece como si todos fuéramos de cabeza al desastre. Las advertencias sobre la destrucción ecológica y el creciente poder de la inteligencia artificial pueden hacer que el futuro parezca una calamidad que simplemente estamos esperando. En días así puedo perder mi sentido de que puedo actuar e influir en lo que ocurre, la creencia de que quién soy y lo que tengo que ofrecer marcan alguna diferencia. Todo ello va en contra de mi fe más profunda, en la humanidad y en Dios.

Y, sin embargo, al mismo tiempo está ocurriendo algo más. Lo que está muriendo hace mucho ruido. Lo que está naciendo suele ser más silencioso. Es difícil oír los latidos de lo nuevo bajo todo ese ruido, y aún más difícil encontrar mi propio lugar en la historia que quizá esté surgiendo.

Sospecho que no estoy solo en esto. Una profesora se pregunta si la vocación que eligió sigue encajando en el mundo que sus alumnos van a heredar. Los padres crían a sus hijos y se preguntan para qué futuro los están preparando. Una persona en busca de sentido que dejó atrás la religión, o que nunca tuvo ninguna, sigue deseando una vida que responda a algo más grande que simplemente superar la semana.

Las comunidades religiosas, donde he desarrollado gran parte de mi trabajo, tienen sus propias versiones. En gran parte del Norte Global, las comunidades están envejeciendo y dejando atrás los ministerios que construyeron. En algunas zonas de África y Asia, muchas comunidades acogen a nuevos miembros y se preguntan cómo formarlos y apoyarlos adecuadamente. En ambos casos, las exigencias del cuidado y la responsabilidad institucional pueden absorber casi todos los recursos disponibles. En esas circunstancias, una historia personal puede convertirse en la historia completa. «Nos estamos desvaneciendo» es una versión. «No podemos seguir el ritmo» es otra.

Bajo todas estas circunstancias, las preguntas humanas son prácticamente las mismas. ¿En quién me estoy convirtiendo? ¿Qué da sentido y propósito a mi vida? ¿Qué puedo aportar a las personas a las que quiero y al mundo que compartimos?

Una sonda es lo que utilizan los marineros cuando no pueden ver el fondo. Una cuerda lastrada mide las profundidades ocultas bajo la superficie, ayudándoles a navegar por aguas que sus cartas náuticas no pueden explicar por completo. A medida que los mapas familiares de nuestras vidas se vuelven menos fiables, necesitamos

formas de prestar atención a las corrientes más profundas que dan forma a nuestro mundo y de reflexionar sobre lo que nos piden.

Eso es lo que pretende esta publicación trimestral. Tiene tres objetivos. Ver: mirar más allá de los restos flotantes que enturbian las aguas y nublan nuestra visión, leer las señales en la superficie y detectar las corrientes profundas que hay debajo de ellas. Escuchar: discernir el latido de lo nuevo en medio de todo lo que está llegando a su fin. Y encontrar nuestro lugar: preguntarnos qué nueva historia puede estar surgiendo y cómo cada uno de nosotros podría participar en darle forma.

Cuatro veces al año recopilaré lo que realmente ha sucedido en nuestro mundo durante los últimos tres meses y me preguntaré qué puede estar moviéndose bajo la superficie. Interpretar los signos de nuestro tiempo es una disciplina de atención. Significa dejar espacio para que el mundo interrumpa nuestras rutinas y permitir que la realidad corrija nuestras narrativas personales. Una visión más amplia nos permite ver lo que le falta a nuestra historia personal. Nos permite reconocer la vida más allá de las formas a través de las cuales la hemos conocido.

En *Graced Crossroads*, publicado en 2020, describí un «Gran Giro»: cambios en el clima, la tecnología, la migración, el poder global y nuestra creciente interconexión, cualquiera de los cuales transformaría nuestro mundo. También sostuve que el cambio y la transformación son cosas diferentes. El cambio es lo que ocurre a nuestro alrededor y lo que nos ocurre a nosotros. La transformación nos exige algo, y hay un trabajo interior, tanto personal como comunitario, que realmente podemos llevar a cabo. He vivido ese trabajo y lo he presenciado a lo largo de toda mi vida profesional. No garantiza un resultado. Pero sí cambia la forma en que participamos, y eso cambia lo que se hace posible dentro de nosotros y entre nosotros.

Soy una persona de fe. Creo que el Espíritu sigue actuando en todo esto. Para mí, el latido de lo nuevo es el atractivo y el amor de Dios, que nos invita a participar en la historia continua de la creación. Cuando hablo de la gracia, lo digo en serio. No es necesario que compartas mi lenguaje para realizar esta labor. Si quisieras llamar de otra forma a la fuente de la nueva vida, o no darle ningún nombre, aquí hay sitio para ti. Ya seas religioso o laico, creyente o buscador, cada uno aporta la sabiduría que los demás necesitan.

Estas lecturas no pueden eliminar la incertidumbre. Pueden ayudarnos a orientarnos en el Gran Giro y nos invitan a reflexionar sobre en quiénes nos estamos convirtiendo a medida que damos forma a lo que vendrá después. Todo lo que aquí se ofrece es una interpretación, abierta a correcciones. Os diré cuándo se trata de una suposición.

Hay tres preguntas que recorren cada número. Os pediría que las tuvierais presentes mientras leéis:

¿Qué se está gestando bajo el ruido?
¿Qué nueva historia está intentando nacer?
¿Y cuál es mi lugar en ella?

Ted Dunn, Ph.D.

Guía de este número

Puedes leer este número de principio a fin o empezar por la sección que más te interese en este momento.

De un vistazo. El trimestre y el análisis que hace este número del mismo, en una sola página.

Señales. Lo que ha ocurrido en nuestro mundo en los últimos tres meses, con fechas y fuentes.

Corrientes. El patrón que veo tras esas señales y dónde se sitúan los límites de las conexiones.

La invitación más profunda. Lo que ese movimiento puede estar pidiéndonos.

Contraargumentos. El argumento más sólido y honesto en contra de mi propia interpretación, incluyendo lo que podría cambiarla.

El don que llevamos con nosotros. Cómo nuestros dones podrían encontrar una nueva forma de expresión a medida que cambian nuestras circunstancias, ya sea en la vida individual o en una tradición compartida.

La práctica. Una situación sobre la que reflexionar, ya sea a nivel personal o con una comunidad, un equipo de liderazgo o un círculo de amigos.

De un vistazo

El trimestre en breve. Entre julio y septiembre de 2026, las rutas marítimas y los presupuestos de ayuda se vieron sometidos a una gran presión, mientras que informes de principios de año describían cómo el agua y la confianza pública se encontraban bajo una presión similar. Estas presiones pusieron de manifiesto hasta qué punto dependemos de vías de paso que unos pocos gobiernos o empresas pueden restringir. Al mismo tiempo, en Nairobi, Bangalore y una pradera de Dakota del Sur, la gente estaba creando redes, compartiendo la autoridad, transmitiendo el trabajo que habían llevado a cabo durante generaciones y, en algunos casos, eligiendo cómo ponerle fin.

Lo que ofrece la lectura de este número. Estos cambios están poniendo de manifiesto los límites de la autosuficiencia. Nuestra dependencia de los demás siempre ha estado ahí; cada vez es más difícil pasarla por alto y, en algunos lugares, más difícil de mantener. Para las personas cuya identidad se ha construido en torno a dar, una invitación más profunda es aprender a recibir.

Por qué es importante. Muchos de nosotros hemos aprendido a sentirnos parte de algo siendo capaces, útiles y de fiar: el padre, el profesor, el cuidador, aquel en quien los demás se apoyan. Esos dones son reales. Pero hay una antigua historia en el Evangelio de Juan en la que Pedro se niega a dejar que Jesús le lave los pies, y pone nombre a una resistencia que muchos de nosotros reconocemos. «Si no te lavo», dice Jesús, «no tendrás parte conmigo» (Juan 13, 8, traducción de la NIV inglesa). ¿Qué ocurre con nuestro sentido de la valía cuando necesitamos el cuidado que durante tanto tiempo hemos brindado a los demás? ¿Qué podría ser posible si pudiéramos recibirlo libremente?

Una nota sobre mi perspectiva. Gran parte de los ejemplos de este trimestre provienen de comunidades religiosas católicas, porque ese es el mundo que mejor conozco. Los ofrezco como un caso ilustrativo de algo más amplio. Si ese mundo no es el tuyo, léelo por lo que revela sobre el hecho de ser humano en una época como esta.

Señales: lo que cambió este trimestre

Estas son las señales que me han parecido más reveladoras este trimestre. Se presentan como indicios que hay que interpretar, sin pretender que constituyan un mapa completo. Cada una termina con lo que podría significar —ofrecido a modo de hipótesis— y lo que plantea.

Los pasos estrechos

El 21 de septiembre, Reuters informó de que solo diecisiete buques de mercancías rastreables cruzaron el estrecho de Ormuz durante el fin de semana, frente a los aproximadamente 125 grandes buques comerciales que lo hacían cada día antes de que comenzara la guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán en febrero. A finales de septiembre, la reanudación de los combates en Yemen había desplazado a más de 130 000 personas, y miles habían cruzado a Yibuti, entre ellas muchas mujeres, niños y personas mayores. En Sudán, los recortes de financiación estaban obligando al Programa Mundial de Alimentos a reducir la ayuda alimentaria en una de las mayores crisis de hambre del mundo. El sistema de ayuda sigue existiendo. Su capacidad para cumplir con lo que se le exige se está reduciendo.

La reducción va más allá de las rutas marítimas. En enero, científicos de la Universidad de las Naciones Unidas describieron una era de «quiebra hídrica» global: muchos ríos y acuíferos ya no pueden volver a su nivel histórico normal, y 4.000 millones de personas se enfrentan a una grave escasez al menos un mes al año. El informe de la ONU para su cumbre climática del 23 de septiembre describió una nueva fase de la crisis climática en la que «el rebasamiento es ahora inevitable», lo que significa que el mundo superará el límite de calentamiento establecido en el Acuerdo de París, al menos durante un tiempo. En Nepal, las inundaciones de finales de agosto pusieron de manifiesto de forma terrible esas vulnerabilidades. A 25 de septiembre, el PMA informaba de más de 1.400 fallecidos y miles de personas aún desaparecidas, con carreteras y puentes destruidos y pueblos aislados de la ayuda.

Hubo iniciativas para proteger la vida en medio de estas presiones. UNICEF estaba ampliando los espacios de aprendizaje temporales en Gaza, donde su llamamiento de septiembre describía la interrupción del acceso a la educación para 658 000 niños. El esfuerzo por restablecer el aprendizaje no debe confundirse con el regreso de todos esos niños a la escuela. También hubo advertencias: la Organización Meteorológica Mundial alertó en septiembre de un fenómeno de El Niño muy intenso, potencialmente excepcional, cuyo punto álgido se prevé para finales de 2026. Una previsión ofrece tiempo para prepararse; lo que suceda a continuación dependerá de si esa advertencia llega a las personas con los medios para actuar.

Qué puede significar esto. Los sistemas que hemos creado para apoyarnos mutuamente pueden ser menos fiables de lo que suponíamos, y la prueba que nos espera puede ser si las instituciones son capaces de convertir las advertencias en protección.

Lo que nos plantea. ¿Quién cerca de nosotros está expuesto a un peligro del que ya se ha advertido?

La cuestión del control

Un seminario web celebrado el 30 de julio, organizado por el Instituto Mundial para la Ciencia, la Religión y la Cultura sobre la inteligencia artificial y la encíclica Magnifica Humanitas del papa León XIV, reunió a académicos con opiniones diametralmente opuestas. Uno argumentó que el avance de la IA es casi inevitable; otro insistió en que «aún hay mucho que podemos dirigir y controlar». La aportación más profunda analizó lo que el papa Francisco denominó el «paradigma tecnocrático»: la costumbre de tratar todo, incluidas las personas, como objetos que deben dominarse en aras de la eficiencia. Un participante advirtió de que los trabajadores del conocimiento podrían convertirse en «aprobadores pasivos de resultados que no pueden evaluar». En septiembre, una encuesta reveló que casi tres de cada cuatro adultos estadounidenses temían que las empresas de IA no hubieran hecho lo suficiente para evitar daños graves.

En septiembre, Jacob Coxon dimitió de Anthropic y advirtió de que quienes desarrollan la IA creían que «podría matarnos a todos antes de que termine la década». Describió el riesgo de perder el control de unos sistemas cada vez más capaces. Esa advertencia sigue siendo objeto de controversia; confiere urgencia a la cuestión de quién puede frenar el desarrollo cuando la seguridad es incierta.

Qué puede significar esto. La cuestión más profunda sobre estas herramientas puede referirse al tipo de personas en las que nos convertimos al utilizarlas.

Lo que plantea. ¿Quién decide hasta dónde debe llegar la IA y quién tiene el poder de decir que no?

El primer peldaño que falta

En una actualización de agosto de un estudio de 2025, investigadores de Stanford informaron de que el empleo de los trabajadores estadounidenses de entre 22 y 25 años en profesiones expuestas a la inteligencia artificial se situaba aproximadamente un 19 % por debajo del nivel esperado si hubiera seguido el mismo ritmo que el empleo entre sus compañeros menos expuestos. Los trabajadores con experiencia no mostraban una brecha comparable, y los investigadores no encontraron pruebas de un desplazamiento generalizado en toda la economía. Los resultados plantean una pregunta sobre el trabajo rutinario a través del cual los jóvenes adquieren experiencia y capacidad de juicio. Investigaciones anteriores añaden otra preocupación: el informe de 2025 de la Organización Mundial de la Salud reveló las tasas más altas de soledad entre los adolescentes, y un estudio estadounidense publicado ese mismo año reveló que aproximadamente uno de cada ocho encuestados de entre 12 y 21 años había utilizado chatbots de IA para recibir asesoramiento sobre salud mental. Estos hallazgos se refieren a poblaciones diferentes y no permiten establecer una causa única. En conjunto, nos invitan a prestar atención a cómo los jóvenes encuentran trabajo, orientación y conexión humana.

Qué puede significar esto. El primer empleo, un mentor de confianza y un lugar en la mesa compartida ayudan a los jóvenes a convertirse en adultos capaces y conectados. Es posible que estas oportunidades sean cada vez menos accesibles justo cuando más se necesitan.

Lo que nos plantea. ¿Quién nos formó a nosotros en su día y quién está formando a los jóvenes de entre nosotros?

La confianza se retrae

Las grandes encuestas de este año describen cómo la gente se está cerrando en banda. En la encuesta global sobre confianza de Edelman, publicada en enero, una media de siete de cada diez encuestados de 28 países se mostraban reticentes o reacios a confiar en cualquier persona con valores, antecedentes o fuentes de información diferentes a los suyos. Cuando se les preguntó cómo habían afectado a su confianza los acontecimientos más importantes de los últimos cinco años, los encuestados describieron con mayor frecuencia una pérdida de confianza en los líderes nacionales y un aumento de la misma en los vecinos, la familia, los amigos y los compañeros de trabajo. En junio, el Instituto Reuters constató que la confianza en las noticias se encontraba en su punto más bajo desde que comenzó a medirla.

Qué puede significar esto. Cuando las grandes estructuras fallan, el primer instinto puede ser reducir el círculo de confianza en lugar de ampliarlo.

Lo que nos plantea. ¿En quién hemos dejado de confiar sin decirlo?

La autoridad se desplaza hacia el sur y hacia el exterior

El liderazgo ha experimentado cambios este trimestre, tanto a gran como a pequeña escala. Seis hermanas fueron nombradas asesoras de la oficina del Vaticano que supervisa las comunidades religiosas, entre ellas la Hna. Maria Nirmalini, que dirige a las más de 103 000 religiosas de la India, y la Hna. Maria do Disterro Rocha Santos, de la Conferencia de Religiosos de Brasil. La Hna. Marie Pierre Ndiaye, de Senegal, fue elegida este año para dirigir a las Hermanas de San José de Annecy, siendo la primera africana en hacerlo. Y una miembro de una congregación internacional, las Hijas de San Pablo, señaló que ahora no tiene nuevas miembros en formación en Europa, que África es su punto de apoyo y que debe «replantear nuestra geografía». Las cifras generales apuntan en la misma dirección. Aproximadamente siete de cada diez cristianos del mundo viven ahora en el Sur Global, frente a menos de uno de cada cinco en 1900.

En Guinea-Bissau, la hija de un imán pronunció sus primeros votos como hermana católica en agosto. Cuando se desató una oleada de odio en Internet, la confederación nacional de jóvenes islámicos del país la defendió públicamente, insistiendo en que «respetar la elección de alguien no significa necesariamente estar de acuerdo con ella».

Lo que esto puede significar. El liderazgo y la composición de las comunidades están cambiando de formas que quizá las estructuras heredadas de autoridad y financiación aún no reflejen. El crecimiento en una región y el envejecimiento en otra traen consigo necesidades diferentes; la reciprocidad exige tomarse ambas en serio.

Lo que plantea. ¿Qué decisiones y recursos estamos dispuestos a poner en manos de líderes de otras partes del mundo?

Redes que aportan algo

Este trimestre muestra cómo las comunidades desarrollan capacidades compartidas. La asociación keniana de congregaciones de religiosas (Kenya's Association of Sisterhoods), que representa a unas 190 congregaciones, está combinando la toma de decisiones compartida con conocimientos jurídicos y un plan para gestionar propiedades generadoras de ingresos. Más de doscientas hermanas formadas en derecho canónico o civil, procedentes de trece países africanos, se reunieron en

Nairobi los días 30 y 31 de julio para fortalecer las redes jurídicas y proteger a las personas vulnerables. Anteriormente, en junio, un curso de liderazgo contra la trata de personas de Talitha Kum, celebrado en Tailandia, reunió a hermanas y colaboradores de veintitrés países. En Bengaluru, las hermanas agustinas jubiladas comparten ahora su hogar y su vida cotidiana con residentes laicos de edad avanzada.

Qué puede significar esto. Estas redes son algo más que respuestas a la disminución de efectivos. Los ejemplos de Kenia muestran cómo las comunidades desarrollan conocimientos y recursos jurídicos para forjar su propio futuro. La capacidad compartida puede ayudarles a aumentar su capacidad de actuar, siempre que las personas que llevan a cabo el trabajo también participen en las decisiones y reciban apoyo.

Lo que nos plantea. ¿Qué seguimos insistiendo en llevar a cabo solos?

Finales, elegidos e impuestos

Vicky Larson, una hermana de la Congregación de la Presentación, explicó en agosto ante un grupo de religiosas de toda América que su congregación, situada en una zona rural de Dakota del Sur, celebró su último Capítulo —la asamblea en la que se eligen a sus líderes— en marzo de 2026 y que, para 2028, pasará a tener una líder designada. Su centro universitario cerró y se convirtió en viviendas sociales; su casa madre fue demolida; en el lugar donde se alzaba ahora crecen la pradera autóctona y un círculo de la paz. Un documental de agosto se centró en las Hermanas de la Caridad de Nueva York, que ya habían dejado de aceptar nuevas miembros y continúan con su labor de defensa pública de los migrantes. En Spotorno, Italia, las hermanas se enfrentaron a una nueva licitación pública por una concesión de playa que ayudaba a financiar su labor caritativa. En Los Ángeles, un hospital católico cerrado se está reconvirtiendo en un complejo dedicado a la vivienda, el tratamiento de las adicciones y la atención de la salud mental.

En un informe publicado el 8 de septiembre, un grupo de estudio del Sínodo abordó el tema de las comunidades que se acercan a su «culminación histórica» y pidió a los obispos que las acompañaran con escucha, oración y ayuda práctica. Estas recomendaciones son propuestas, más que decisiones vinculantes.

Qué puede significar esto. Un final puede ser algo que las personas disciernen juntas o algo que se les impone. Anticiparse puede preservar las opciones, pero la ley, el dinero y las decisiones tomadas en otros ámbitos también determinan lo que sigue siendo posible.

Lo que plantea. Si llegara el final de algo que amamos, ¿lo estaríamos eligiendo o recibiríamos una notificación?

Corrientes: los límites de la autosuficiencia

Leídas una por una, estas señales parecen historias independientes: una crisis del transporte marítimo, una discusión sobre las máquinas, una comunidad de hermanas que desmantela su casa madre. No todas tienen la misma causa ni exigen la misma respuesta. Sin embargo, veo una pregunta recurrente subyacente a todas ellas: ¿cómo convivimos con las dependencias que ya no podemos pasar por alto, especialmente cuando las relaciones y los sistemas que las sustentan se encuentran bajo presión?

Las noticias de este trimestre describen un mundo en el que demasiada vida debe pasar por unos pocos estrechos. Los alimentos, el combustible y los medicamentos circulan por estrechos que un puñado de actores puede cerrar. La ayuda depende de presupuestos que unos pocos gobiernos pueden recortar. Unas pocas empresas están desarrollando tecnologías poderosas. Estas dependencias no son nuevas, pero su concentración deja a las personas expuestas a decisiones que escapan por completo a su alcance. Esa es una de las caras del Gran Giro. El reto consiste en construir relaciones e instituciones capaces de compartir la responsabilidad sin concentrar aún más poder.

Más cerca de casa, la dependencia se percibe a menudo a través de la labor cotidiana del cuidado. Una familia puede pasar toda una tarde organizando la asistencia para un progenitor anciano sin encontrar un momento para hablar de cómo les está afectando esta etapa. Se trata de un tipo de vulnerabilidad diferente al de una crisis de transporte marítimo o un recorte en la ayuda humanitaria. Sin embargo, también puede poner de manifiesto la distancia entre el ideal de arreglárselas solo y las relaciones en las que realmente se sustenta la vida.

Aquí es donde un psicólogo y una persona de fe pueden ver lo mismo desde dos perspectivas diferentes. En caso de enfermedad grave, el paso de cuidador a cuidado puede ser uno de los momentos más difíciles. Las personas que han sido fuertes y generosas pueden tener dificultades cuando su sentido de la valía se ha vinculado al hecho de ser necesarias. Recibir ayuda puede parecer un fracaso o una exposición. Una empresa familiar, una parroquia o una congregación que siempre ha prestado servicio puede experimentar una lucha similar cuando tiene que pedir ayuda. La vergüenza, la ira o una obstinada insistencia en hacerlo todo solo pueden surgir junto con preocupaciones muy prácticas sobre si la ayuda será fiable y respetuosa. Tanto la resistencia interior como la calidad de la ayuda merecen atención.

Las comunidades religiosas están viviendo esta etapa de una manera inusualmente visible. Durante más de un siglo, muchas congregaciones del Norte Global construyeron escuelas, hospitales, universidades y casas madre. Estas instituciones dependían de muchas personas, pero la capacidad de fundarlas y dirigirlas podía fomentar un fuerte sentido de autosuficiencia. Fueron actos de extraordinaria generosidad. También forjaron una identidad: una comunidad llegó a definirse a sí misma como la que da.

La hermana Nathalie Becquart, una hermana francesa de la congregación de Xavière y subsecretaria de la Secretaría General del Sínodo del Vaticano, lo señaló directamente en agosto, al dirigirse a religiosas y religiosos reunidos de todas las Américas. Describió el cambio que ahora se les pide como «un proceso de migración cultural», alejándose de la «autosuficiencia institucional» y avanzando hacia «una cultura de la escucha, la corresponsabilidad, el discernimiento y el intercambio genuino».

No edulcoró el coste. «No se emigra por decreto», afirmó. «La primera generación siempre paga el precio más alto», y «lo que se pierde en la travesía es real y debe ser llorado, en lugar de negado». A continuación, pronunció la frase que se sitúa en el centro de este número: «No tenemos futuro sin los demás».

Esa frase puede interpretarse como una cruda admisión, y el dolor es real. Una comunidad que ha asumido la responsabilidad de su futuro durante ciento cincuenta años no empieza a compartirla de otra manera sin sufrir pérdidas. Pero Becquart también señaló una posibilidad en medio de esa vulnerabilidad: «Esta vulnerabilidad, aunque a menudo resulte difícil de aceptar, es en sí misma un regalo», afirmó. La dependencia no tiene por qué anular nuestra contribución. Puede abrirnos a dones que no podíamos recibir mientras nos entendíamos principalmente como los que daban.

Hay otra forma de responder a los límites de la autosuficiencia, y las encuestas sobre confianza de este año lo demuestran. Cuando las grandes instituciones fracasan, muchas personas se repliegan hacia quienes piensan y se parecen a ellas. Eso también supone admitir que nadie puede valerse por sí solo. Simplemente reduce el círculo de aquellos en quienes nos apoyaremos. La frase de Becquart apunta en la dirección contraria. «No tenemos futuro sin los demás» se convierte en una gracia solo cuando «los demás» incluyen a personas que no hemos elegido.

La cuestión es cómo viviremos nuestra dependencia de los demás y si esas relaciones permiten que cada persona tenga voz.

Las nuevas dinámicas que están llegando a tantas vidas (liderazgo compartido, cuidados en el hogar, fusiones, colaboraciones, redes) pueden satisfacer necesidades prácticas y crear espacio para un camino más profundo. Un proceso bien planificado no trae por sí solo la transformación. La ayuda puede aceptarse con resentimiento o desde la gracia. Una asociación puede preservar el control habitual o permitir que las personas se transformen unas a otras. El trabajo interior es importante, al igual que lo son los acuerdos a través de los cuales las personas se relacionan. ¿Quién establece la agenda? ¿Quién controla el dinero? ¿Quién puede cuestionar una decisión sin perder su lugar? Las estructuras pueden apoyar la libertad de recibir, o hacer que recibir se perciba como una renuncia al derecho a expresarse.

Las comunidades que envejecen a menudo necesitan reducir el tamaño de sus propiedades y responsabilidades a medida que disminuye el número de miembros. También les he animado a considerar la posibilidad de «ampliar» su misión a través de colaboraciones. Al compartir la autoridad, los recursos y la responsabilidad, pueden ampliar el círculo de personas que llevan a cabo la misión sin tener que pedir a un número menor de miembros que asuman una mayor carga.

La invitación más profunda: aprender a recibir



«“No”, dijo Pedro, “nunca me lavarás los pies”. Jesús le respondió: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”».

Juan 13:8, traducción de la NIV inglesa

Es fácil entender la negativa de Pedro. Él es el discípulo, Jesús es el maestro, y el orden de las cosas parece claro. Pedro quiere dar y seguir, y no está dispuesto a que le sirvan. Jesús no discute el tema. Dice que sin recibir no hay pertenencia alguna.

La escena no le pide a Pedro que deje de servir. Más tarde, Jesús les dice a los discípulos que se laven los pies unos a otros. Le pide que permita que el movimiento fluya en ambos sentidos. La lección que se aprende, tal vez, es la de la reciprocidad: las comunidades se forman tanto a través de los dones que reciben como de los que ofrecen. No tenemos que ser menos generosos para ser más receptivos.

Esto incide en lo que nos conforma. Las prácticas repetidas educan nuestros deseos y nuestras defensas de manera más eficaz que nuestros ideales declarados. Un padre o un líder puede llegar a experimentar la disponibilidad constante como amor, incluso cuando ello erosiona la capacidad de presencia. Las personas acostumbradas a formar a otros tienen que seguir siendo ellas mismas susceptibles de ser formadas. La cuestión es si recibir el don de otra persona puede cambiar la forma en que entendemos el nuestro.

Si aprender a recibir es la invitación más profunda, este trimestre sugiere dónde puede estar esperándonos.

De las personas a las que estamos acostumbrados a ayudar. Muchos de nosotros sabemos cómo ser útiles con más facilidad de la que sabemos cómo recibir. Un padre acostumbrado a resolver problemas puede tener dificultades cuando un hijo adulto le ofrece ayuda. Podemos descubrir que nosotros queríamos invitados, mientras que ellos buscaban un lugar al que pertenecer.

Un informe de febrero de 2025 describía cómo los asociados laicos de varias congregaciones estadounidenses se preparaban para asumir su propio liderazgo. Sus dones incluyen la capacidad de juicio y el liderazgo, así como la ayuda práctica. Recibir lo que saben significa dejar que eso cambie las decisiones.

Desde otras partes del mundo. Las hermanas kenianas que desarrollan redes jurídicas aportan dones que la Iglesia en su conjunto necesita recibir. ¿Quién reconocerá y apoyará las prioridades que ellas mismas se están marcando? Las comunidades en crecimiento pueden necesitar formación, recursos y colaboraciones que respeten su propio liderazgo. Las comunidades que envejecen quizá tengan que aprender de personas cuyo futuro adopta una forma diferente. Ninguna puede sustituir la experiencia de la otra. La autoridad y los recursos deben acompañar a la responsabilidad, para que el crecimiento en otros lugares no se convierta en un nuevo trabajo que se asume sin nuevo poder.

De los jóvenes que eligen otros caminos. Muchos jóvenes comparten los compromisos que las comunidades religiosas han ayudado a fomentar: la educación, la justicia y una vida espiritual seria. Sin embargo, eligen vivirlos en otros lugares. ¿Qué les atrae hacia esas otras formas de vida? Escuchar no nos exige abandonar nuestra vocación. Nos pide que escuchemos su experiencia sin tratarla principalmente como un rechazo de lo que nosotros apreciamos.

De las personas mayores. Podemos hablar con cariño de la sabiduría de nuestras personas mayores mientras organizamos la vida como si su contribución terminara al concluir su trabajo. Recibir cuidados no anula una vocación. Esa convicción es importante a la hora de definir horarios, recursos y si la persona que recibe cuidados sigue teniendo voz y voto en la vida cotidiana. La contribución de una persona mayor puede ser una verdad expresada en el seno de una relación, sin que ello implique ninguna tarea adicional.

De la tierra. La congregación de Larson derribó su casa madre y está restaurando la pradera autóctona donde se alzaba. Sea cual sea el significado de esa decisión, devuelve a la tierra el terreno sobre el que la comunidad construyó en su día. La tierra forma parte de un sistema vivo antes que de ser un activo, ya albergue una vivienda familiar, un bloque de apartamentos o un monasterio. ¿En qué tipo de vecinos nos estamos convirtiendo aquí?

De los propios finales. Larson dijo a sus compañeras: «Esta no es una canción triste. Es un acto valiente de escuchar al futuro». No negó el dolor; dijo que lo más difícil fue «desprendernos de la capilla de nuestra congregación, donde las hermanas habían rezado fielmente durante más de 70 años». Un final puede sufrirse, elegirse y recibirse gradualmente, con el duelo atravesando las tres experiencias. Quizá necesitemos tiempo antes de poder preguntarnos qué nos ofrece, y algunas pérdidas seguirán siendo pérdidas. La culminación no puede prometer un sustituto para todo lo perdido. Puede plantear la pregunta de qué queda por vivir.

El futuro puede depender menos de lo que aún podamos dar que de lo que nos permitamos recibir.

A muchos de nosotros se nos pide que recibamos lo que nunca habríamos elegido: la dependencia, compañeros desconocidos, preguntas que sacuden nuestra identidad. Necesitamos tiempo para discernir qué sirve a la vida, qué suscita resistencia y qué puede acogerse. Recibir no significa estar de acuerdo con todo lo que llega. Es una disposición a escuchar y a dejar que ese encuentro cambie nuestra respuesta. El Gran Giro no exige que todo el mundo esté más ocupado.

Contraargumentos: en qué puede equivocarse esta interpretación

Existen objeciones legítimas a la interpretación que aquí se propone. Permítanme exponer algunas.

La primera es que quizá exija demasiado a personas que ya están agotadas. Un cuidador puede necesitar un respiro, y una comunidad cansada puede necesitar que otros asuman más responsabilidades. Decirles que su disminución de fuerzas o de miembros es una invitación espiritual puede parecerles otra exigencia más, cuando lo que necesitan es descanso y ayuda práctica. Nadie que esté de luto por la pérdida de su trabajo, su salud o su forma de vida nos debe al resto un relato inspirador sobre lo que vendrá después. Una interpretación que añada peso a los agobiados ha fracasado, por muy cierta que suene.

La segunda es que hablar de transformación puede hacer que el sufrimiento parezca útil. El desplazamiento no es un ejercicio espiritual impuesto a las familias para que la humanidad aprenda la interdependencia. El hambre en Sudán es una injusticia, y exige prevención y reparación. Cuando las personas encuentran un sentido en ese daño, ese sentido les pertenece a ellas. No me corresponde a mí, ni a nadie más, asignárselo.

La tercera es que «aprender a recibir» puede ocultar una relación de poder desigual. A las personas que carecen de poder se les ha dicho a veces que aceptar su lugar es algo sagrado. Las religiosas llevan siglos recibiendo instrucciones de otros. Recibir es una gracia solo entre personas que son libres. Si una de las partes asume el trabajo mientras la otra se reserva todas las decisiones, o si una región más joven asume la responsabilidad sin recursos, el lenguaje del don mutuo encubre un acuerdo que no es mutuo en absoluto.

La cuarta es que algunos dones no sobreviven a un traspaso. Una vida consagrada, un matrimonio, un oficio aprendido a lo largo de décadas: cada uno de ellos es más que un conjunto de funciones que pueden transferirse a una red o a una nueva entidad responsable de la misión. La apertura sin profundidad puede vaciar a un don de aquello que lo hacía tal. Esa preocupación debe formar parte de cualquier discernimiento honesto.

La quinta se refiere a mi propia perspectiva. Salí a buscar teniendo en mente mis propios marcos de referencia. Una lectura que considera que el ámbito necesita exactamente lo que su autor ofrece merece cierta desconfianza, y un discernimiento que ve confirmada su tesis debería sospechar de sí mismo.

¿Qué cambiaría esta interpretación? Los testimonios de personas que descubrieron que las nuevas colaboraciones añadían exigencias sin un apoyo útil, de socios más jóvenes o laicos que

no fueron escuchados, o de personas que recibían cuidados y acabaron teniendo menos voz a pesar de un lenguaje generoso sobre la dignidad. Necesitaré escuchar esos relatos.

Estas objeciones matizan la afirmación. Aprender a recibir es una invitación que solo puede aceptarse libremente, al ritmo propio de una persona o de una comunidad, y debe ir acompañada de autoridad real, recursos y cuidado hacia quienes están cansados. Cuando estos elementos faltan, la respuesta fiel puede ser decirlo sin rodeos.

El don que llevamos

¿Qué ocurre con nuestros dones cuando cambian sus formas habituales?

Las comunidades religiosas utilizan la palabra «carisma» para referirse a un don del Espíritu que confiere a una tradición fundacional su vida y su propósito particulares. Un lector ajeno a la vida religiosa puede reconocer una cuestión relacionada en el impulso que le llevó a dedicarse a la enseñanza, a formar una familia, a crear arte o a servir a los demás. Las experiencias difieren, pero cada una puede enfrentarse a una dolorosa separación entre un don y la forma en que se ha vivido. Si la escuela cierra, los niños se marchan o la congregación abandona un ministerio, ¿qué ocurre con lo que se ha transmitido a través de esa vida?

Para una pareja cuyos hijos se han ido de casa, la tranquilidad puede poner de manifiesto hasta qué punto su vida en común se organizaba en torno a la crianza de los hijos. Su amor no ha desaparecido, pero quizá tengan que descubrir cómo vivirlo juntos de una forma nueva. Una comunidad que no acoge a nuevos miembros puede enfrentarse a una cuestión similar sobre su identidad y su propósito, aunque su futuro pueda incluir la culminación más que una nueva generación dentro de la congregación. En ambos casos, la tarea consiste en hacer el duelo por lo que ha cambiado y discernir lo que el don aún hace posible.

Un ministerio que continúa bajo la responsabilidad de una nueva entidad no demuestra por sí solo que el carisma perdure. Los bienes pueden cambiar de manos sin dejar de cumplir una función útil. El trabajo puede transferirse. La profundidad de un don fundacional requiere personas y prácticas a través de las cuales pueda ser recibido, cuestionado y vivido. Sin embargo, una comunidad también puede aferrarse tanto a las formas familiares que deja poco espacio para una expresión que no ha imaginado. Las personas que comparten el don pueden reconocer una necesidad que la congregación ha pasado por alto, o cuestionar hábitos de poder desigual presentes en su historia. Acoger ese desafío puede convertirse en sí mismo en un acto de fidelidad.

En mis escritos anteriores, planteé el desafío de esta manera: «Honrar el pasado no puede significar vivir en el pasado. Honrar a nuestros antepasados no puede significar vivir como ellos vivían. Si realmente honramos a quienes nos han traído hasta hoy, debemos hacer por la próxima generación lo que nuestros antepasados hicieron por nosotros: debemos hacer espacio para lo nuevo». La pregunta es qué exige ahora la fidelidad, en un mundo en el que nuestros fundadores no vivieron. Su valentía puede ser más instructiva que sus disposiciones.

La profundidad de un don se hace visible en la libertad que hace posible para los demás. ¿Quién puede mantenerse con dignidad ante nuestra autoridad? ¿Quién puede hablar sin calcular primero el coste? Nuestras buenas intenciones no pueden responder a esas preguntas por las personas que viven con las consecuencias. Tenemos que preguntárselas a ellas, escuchar lo que dicen y estar dispuestos a cambiar la forma en que ejercemos nuestra responsabilidad.

Piensa en una persona cuya vida se ve influida por la tuya. ¿Qué podría esperar razonablemente recibir esa persona gracias a tu presencia? ¿Qué le gustaría que dejaras de hacer? Deja que su experiencia altere la imagen que tienes de ti mismo si es necesario. Para una comunidad religiosa, la pregunta puede llegar a abordar cómo se vive y se comparte un carisma. Para un individuo, puede poner de manifiesto la distancia entre ser necesario y dar lo que otra persona realmente puede aprovechar. Es posible que allí se aclare algo de quiénes estamos llegando a ser.



La práctica: aprender a recibir

Elige una situación real en la que se te pida que recibas: ayuda con el liderazgo, una nueva persona o entidad colaboradora, el cuidado de un progenitor o de miembros mayores, el traspaso de una tarea que llevas mucho tiempo desempeñando, las voces de los jóvenes o de otra cultura. Empieza en silencio. Lee Juan 13, 6-15 en voz alta, despacio. A continuación, reflexiona sobre las siguientes preguntas.

A nivel personal. ¿En qué aspecto de mi vida me cuesta más recibir? ¿Qué es lo que protege esa resistencia en mí?

Comunitario. En nuestra familia, comunidad o equipo de liderazgo, ¿de quiénes son los dones que aún no somos capaces de recibir? ¿A qué seguimos aferrándonos como si fuera el propio don?

A mayor escala. ¿En qué aspectos nuestro hogar, nuestra comunidad o nuestra región dependen de pasos estrechos, y qué relaciones podrían ensancharlos?



Fuentes y lecturas recomendadas

Una nota sobre las fuentes. Este número interpreta los signos de julio a septiembre de 2026. Las investigaciones y acontecimientos anteriores se identifican como antecedentes. Los enlaces de «Señales» conducen a los informes individuales; las lecturas principales se enumeran a continuación. Las interpretaciones y las preguntas para la reflexión son mías.

Lecturas principales. Vicky Larson, PBVM, «*Harmony for a New Era*», discurso presidencial de la LCWR (agosto de 2026). Nathalie Becquart, xmcj, «*Synodality and Consecrated Religious Life: A Journey of Mutual Gift-Giving for the Church and the World*» (12 de agosto de 2026). Instituto Mundial para la Ciencia, la Religión y la Cultura, «*AI and the Pope: Who Has the Last Word?*» (30 de julio de 2026; se ha utilizado la transcripción). Papa León XIV, *Magnifica Humanitas* (2026).

Investigaciones y encuestas. Brynjolfsson, Chandar y Chen, *Canaries in the Coal Mine?* (Stanford, 2025; revisado en agosto de 2026). OMS, «*Social connection*» (2025). McBain et al., «*Use of Generative AI for Mental Health Advice Among US Adolescents and Young Adults*» (JAMA Network Open, noviembre de 2025). *Edelman Trust Barometer 2026*. *Reuters Institute Digital News Report 2026*. *Status of Global Christianity 2026*, Centro para el Estudio del Cristianismo Mundial.

Discernimiento eclesial y comunitario. Grupo de estudio 6 del Sínodo, Informe final (publicado el 8 de septiembre de 2026), especialmente su sección sobre la «culminación histórica».

Ted Dunn. *Graced Crossroads: Pathways to Deep Change and Transformation* (2020). *Embracing Our Vulnerability: A Gesture of Humility or a Call to Transformation?* (UISG, Deepening the Plenary, mayo de 2023). Más reflexiones y recursos: gracedcrossroads.com.

Escritura. Mateo 16:3 y Juan 13:6-15, traducidos de la New International Version (NIV), en inglés. Estos pasajes se ofrecen aquí para la reflexión.